



Homilía

50º aniversario de la Hermandad de Santa Marta

Capilla de la Hermandad, Domingo 10 de octubre de 2010

Querido Sr. Consiliario; Hermano Mayor y Junta de Gobierno; Hermanos/as cofrades:

Celebramos hoy el 50º aniversario de la fundación de la *“Hermandad del Santísimo Cristo de la Caridad en su traslado al Sepulcro, Penas y Lágrimas de María Santísima Madre de Dios del Patrocinio y Santa Marta”*, conocida popularmente como la **Hermandad de Santa Marta**.

Qué duda cabe que la iconografía de la Hermandad nos traslada plásticamente a uno de los momentos sublimes del memorial del Calvario. Representa el traslado del cadáver de Jesús al Santo Sepulcro, llevado sobre una de las escaleras utilizadas para descenderlo de la Cruz, por José de Arimatea y Nicodemo. Rodeando a éstos o cerrando el cortejo, aparecen la Virgen, San Juan, las tres Marías (María Magdalena, María Salomé y María Cleofás) y Santa Marta (Patrona de la Hostelería).

La riqueza Iconográfica del conjunto recrea el Duelo de la Virgen ante Nuestro Señor Jesucristo, una vez desclavado de la Cruz. Por eso me gustaría que, teniendo de fondo el Evangelio de hoy, nos acerquemos en este aniversario a profundizar en uno de los aspectos en que este Misterio ilumina la realidad de nuestra vida.

Lo primero que descubrimos es que desde el momento en que el hombre, a causa del pecado, se alejó del *“árbol de la vida”* (cf. Gén 3), *“entró la muerte en el mundo”* (Sab 2, 24); la tierra se convirtió en un cementerio. Dios es Vida, y el corazón del hombre, separado de Dios, no es más que un sepulcro; tantos sepulcros como hombres.. *“no hay diferencia alguna, todos pecaron y están privados de la gloria de Dios”* –dice San Pablo- (Cf. Rm 3,23).

En la Escritura, el drama del pecado como realidad contagiosa, destructora de lo humano en sus relaciones con Dios y con los demás, aparece simbolizado en la enfermedad de la lepra. Su existencia supone un peligro para la comunidad y sume al leproso en un aislamiento total de Dios y de los hombres.

Por eso, cuando se elimina a Dios el hombre no se engrandece, sino que desciende al sepulcro y se encuentra con el individualismo radical fruto de la lepra de su corazón. *“¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?”* –se pregunta el mismo Apóstol ante el drama del pecado que divide al hombre en su interior y lo cierra al amor y la gracia- (Cf. Rm 7, 24).

Pero ante esta realidad nuestra Madre del Patrocinio nos invita a contemplar la Palabra hecha carne en la Persona de Jesús, su Hijo, porque *“murió por nuestros pecados, pero fue resucitado para nuestra justificación”* (Rm 4, 25).

En efecto, Ella, que vive la profecía de Simeón y siente cómo la espada la ha atravesado en lo más profundo; Ella, junto a este cortejo fúnebre, nos alienta a no separarnos de su Hijo; mirando a cada uno de los presentes -a cada uno de nosotros- aviva en nuestro interior el recuerdo de que su Hijo ha muerto perdonando, abriendo la puerta del paraíso al ladrón que comparte su misma condena...; de que ninguna lepra puede apartarnos del amor de Dios.

No, no era un profeta más que obedecía la ley del Levítico invitando a los leprosos a cumplir la ley antigua. ¡No!, Él era Alguien que hacía presente el poder y la misericordia de Dios. Por eso le dice: *“¡tu fe te ha salvado!”*. Porque la fe que salva no es la que brota del simple cumplimiento de unas normas, sino del encuentro con el mismo Dios en Aquel que ha venido a buscar *“lo que estaba perdido”*; que sabe que *“no necesitan médicos los sanos, sino los enfermos”*. Y Él ha venido para dejarse encontrar de todos los leprosos que, como los del Evangelio, lo invoquen gritándole: *“Jesús, sálvanos”* (Lc 17,13).

Y estando en casa de Santa Marta, ¿cómo olvidar que ella sirvió al Señor en el banquete que le ofreció Simón **"el leproso"** (seguramente otro curado por el Señor)? (cf Mt 26, 6-13; Jn 12, 2).

Y, ¿cómo no tener en cuenta que hoy el mismo Señor se hace presente, pero no como invitado sino Señor que invita:

"Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo" (Jn 6, 51).

En efecto, dentro de esta escena iconográfica, no sólo Santa Marta, sino la Cruz vacía al fondo nos recuerda que **"El árbol de la Vida"**, del que el hombre fue alejado por su pecado, se ha revelado nuevamente a los hombres en el Cuerpo de Cristo. Ese Dios, Jesucristo, que ha vencido a la muerte con la muerte. **"Muerte, ¡yo seré tu muerte!"** (1ª antif. Laudes del Sábado Santo).

La Eucaristía nos introduce a todos en el mismo Misterio. Junto a San Juan podemos percibir que en ella se nos actualiza hoy aquí el sacrificio de la Cruz, el misterio de nuestra salvación. Cristo resucitado nos hace Don de su Presencia **"todos los días hasta el fin del mundo"** (Cf. Mt 28, 20).

Y como al Apóstol, el Señor eucarístico nos repite a cada uno de nosotros aquellas conmovedoras palabras **"he ahí a tu Madre"** (Jn 19, 27). ¡Qué consolador es saber que precisamente en el memorial de su Presencia **"real y verdadera"**, junto al don de su Cuerpo y su Sangre, el Señor nos renueva también el don de la maternidad de la María!

Por eso, queridos hermanos, espero que estos cincuenta años sean un estímulo para que la Hermandad profundice en su formación cristiana; para saborear aún más lo que supone la devoción a la Madre de Dios en su **Patrocinio**, sabiendo que María es testigo de la resurrección de Cristo y nos enseña a dialogar con el Señor presente en la Eucaristía..., experiencia que tuvo **San Juan** inclinándose sobre el Corazón de Cristo (Cf. Jn 13, 25).

Y, ¡cómo no!: que **Santa Marta** nos enseñe a acogerlo en el corazón, como ella **"lo recibió en su casa"** (Lc 10, 38), y a **"servirlo"** con el mismo esmero y solicitud (Jn 12,2). Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez